



El trono de la Virgen del Socorro (hermandad de Arriba) y la multitud que lo precede corren su vega.  
Foto: Juan Carlos Cazalla, IAPH

## Correr la vega. Dicotomías sociales y ritual en la Semana Santa de Antequera

Isidoro Moreno Navarro, Grupo de Investigación GEISA, Dpto. de Antropología Social, U. de Sevilla

En numerosas ciudades y pueblos andaluces, la Semana Santa, más allá de su explícita dimensión religiosa, constituye un "hecho social total", tal como definió esta categoría, hace ya casi un siglo, el antropólogo francés Marcel Mauss (MORENO NAVARRO, 2008). Entonces, reflejando directamente la estructura social local de la sociedad que la celebra o, a veces, invirtiendo o incluso negando ésta en algunas o muchas de sus facetas (MORENO NAVARRO, 1999; 2006a), todas las dimensiones de la vida social –simbólica, identitaria, política, económica...– intervienen o se ven afectadas por la Semana Santa y todos, o la gran mayoría, de los grupos sociales participan, de una manera u otra, en este fenómeno socio-cultural o, al menos, se definen o sitúan explícitamente respecto a él. Casi nada y casi nadie permanece ajeno o indiferente al mismo.

Es ésta una de las razones principales de que en Andalucía, contrariamente a lo que ocurre en la mayor parte de las regiones mediterráneas, incluido el Estado Español, la Semana Santa continúe siendo, en la época de la *glocalización* (MORENO NAVARRO, 2010), uno de los referentes de la identidad cultural (MORENO NAVARRO, 2000a; 2000b). Pocos lugares como Antequera donde esta afirmación esté más respaldada. La historia antequerana, desde casi el momento mismo de la conquista castellana hasta hoy, se ha reflejado en su Semana Santa. Y puede ser entendida a través del análisis de ésta, tanto en sus continuidades como en sus cambios (MORENO NAVARRO; TÁVORA, 1989).

La sociedad antequerana, tras la conquista y recristianización, se construyó sobre un doble dualismo. Por una parte, familias nobles grandes propietarias de feraces tierras, que constituían la base de su poder económico y social, monopolizando los cargos claves del poder municipal, y un alto número de trabajadores, sin tierras o con muy pocas y sin ningún poder, al servicio de estos. Sólo en un periodo, ya del siglo XIX, en que proliferaron las industrias textiles, se complejizó dicha dicotomía o fractura social, que sigue reflejándose en el urbanismo de la ciudad y en sus edificios. Pocas agrocidades como Antequera con más alta concentración de iglesias, conventos y palacios que contrastan con las modestas y blanquísimas casas del común de los vecinos.

Esta dicotomía de clases se tradujo, en los rituales y protagonismos de la Semana Santa, en elementos e incluso términos muy significativos y singularmente antequeranos. Por una parte, los *hermanos mayores de insignia*, con túnicas de terciopelo ricamente bordadas y la cara descubierta, con todo el poder sobre los tronos en los que desfilan las imágenes emblemáticas, y los *campanilleros de lujo* –niños con túnicas de larga cola bordada, que arrastra, y joyas en su cabeza-. Unos y otros pertenecientes a las más importantes familias. Por otra, los *hermanacos*, portadores de los pesados tronos llevando las horquillas con que se ayudan para descansar en las paradas y utilizan como palanca para tomar impulso en el trabajado de discurrir por las cuestas urbanas. A aquellos les corresponde el mando; a estos la obediencia. Se repite en cada cofradía y se visibiliza en sus procesiones la estructura de poder y subalternidad que regía la sociedad local en todos los ámbitos hasta la quiebra de las bases económicas de dicha estructura, en los años sesenta del siglo XX.

Pero no ha sido este dualismo –propietarios aristócratas *versus* campesinos sin tierra o con escasa propiedad-, traducido en *hermanos mayores versus hermanacos* en los rituales semanantes, el único presente en el devenir histórico de los casi seiscientos últimos años de una población varias veces milenaria. También, hasta entrado el siglo XX, persistió otra dicotomía: la existente entre dos conjuntos de familias poderosas enfrentadas permanentemente, que proyectaban su rivalidad en todas las facetas de la vida social incluyendo, de forma muy principal, el ámbito religioso y ritual, arrastrando tras ellos a sus respectivas clientelas y sectores dependientes. Encabezados por Chacones y Narváez, que fueron los dos linajes principales de la ciudad desde su toma por el Infante don Fernando en 1410, todos cuantos poseían parcelas de poder se agruparon en uno y otro bando, que impulsó y protegió a concretas órdenes religiosas, a su vez en rivalidad –especialmente dominicos y franciscanos-, y a las cofradías patrocinadas por éstas, las de "Arriba" y "Abajo", enfrentadas desde su misma fundación a finales del siglo XVI.

Estas dos dicotomías fueron los dos ejes, imbricados, a partir de los cuales se desarrolló la sociedad local y se constituyó su Sema-





Hermanacos en el desfile de la Armadilla. Hermandad Servita de la Virgen de los Dolores (Jueves Santo).  
Foto: Juan Carlos Cazalla, IAPH



Hermano Mayor de Insignia y Hermanacos ante el trono de Jesús Nazareno de la cofradía Servita. Véase la peana de carrete.  
Foto: Juan Carlos Cazalla, IAPH

La historia antequerana, desde casi el momento mismo de la conquista castellana hasta hoy, se ha reflejado en su Semana Santa. Y puede ser entendida a través del análisis de ésta, tanto en sus continuidades como en sus cambios

na Santa como "hecho social total". Hoy, el poder local no está ya ocupado por Narváez y Chacones, Padillas, Manchas, Arseses, Zayas, Rojas, Arroyos, Santistébanes y demás componentes de las familias principales tradicionalmente enfrentadas (LEÓN VARGAS, 2009), ni toda la población antequerana depende del trabajo que quieran o puedan darle los grandes propietarios de la tierra, pero los dualismos persisten, simbólica y ritualmente, tanto en la terminología como en la relación de poder y protagonismo dicotómico entre *hermanos mayores* y *hermanacos*, aunque actualmente la mayoría de estos últimos no estén en una posición de subalternidad directa

respecto a aquellos en su cotidianidad y aún menos para su subsistencia. Se ha perdido ya en la memoria la rivalidad sectaria entre órdenes religiosas pero aún persiste el recuerdo, a veces actualizado, del enfrentamiento entre *sebosos* y *cochineros*, del "pique" entre la hermandad de Arriba y la hermandad de Abajo, o sea, entre la Sacramental, Pontificia, Real e Ilustre Archicofradía de la Santa Vera Cruz en Jerusalén, Nuestro Padre Jesús Nazareno y Nuestra Señora del Socorro y la Pontificia y Real Archicofradía del Dulcísimo Nombre de Jesús y Nuestra Señora de la Paz. Ambas Vírgenes coronadas canónicamente hace poco más de veinte años y ambas cofradías procesionando la tarde-noche del viernes santo, el día más importante de la Semana Santa antequerana.

En el convento franciscano de Santa María de Jesús, en el Portichuelo, en la parte más alta de Antequera, se fundó en 1586 una cofradía del Dulce Nombre de Jesús a la que pocos años después, al establecerse en la ciudad los dominicos y construir, no lejos de ese lugar pero en cota inferior, la iglesia de Santo Domingo, pusieron estos pleito con base en el privilegio pontificio de que todas





Campanillero de lujo con el Jesús Nazareno de la hermandad de Abajo (Viernes Santo).  
Foto: Juan Carlos Cazalla, IAPH



Campanillero de lujo de la hermandad de Arriba (Viernes Santo).  
Hermanos tarjeteros, hermandad del Consuelo (Jueves Santo).  
Fotos: Juan Carlos Cazalla, IAPH

las cofradías de dicho título tenían que residir en sus iglesias. Un pleito que duraría casi tres décadas, entre 1598 y 1617, en el que los Narváez -descendientes del primer alcaide castellano- apoyaron con toda su influencia a los franciscanos y a la hermandad de Arriba mientras que los Chacones -descendientes del primer alguacil mayor- lo hicieron a favor de los dominicos y la hermandad de Abajo. Fallado el pleito, en el que llegó a intervenir incluso el tribunal de la Rota, a favor de estos últimos, la hermandad de Arriba, privada del derecho a ostentar un título que fue confirmado en exclusiva a la de Abajo, adoptó el nombre de "Santa Cruz en Jerusalén y Jesús Nazareno", acentuándose la rivalidad y competencia entre la una y la otra durante siglos, dividiendo a la ciudad en dos bandos enfrentados, con emulación constante y choques de tal magnitud que llevaron incluso a la prohibición de sus procesiones entre 1782 y 1837 (LUNA GARCÍA, 1950).

Entrado el siglo XX, la polarización entre la de Arriba y la de Abajo entra en crisis, el sistema de hermandades se abre y otras cofradías, ya existentes o refundadas, toman también su parte de pro-

tagonismo. Actualmente, nueve cofradías recorren las calles de Antequera del Domingo de Ramos al Viernes Santo, con imágenes que, en su mayor parte, proceden de los siglos XVI al XVIII. Y permanecen, o se han recuperado, elementos que dotan a la Semana Santa antequerana de una indudable personalidad. Además de los ya citados *hermanos mayores de insignia*, *campanilleros de lujo* y *hermanacos*, existen hermanos *tarjeteros*, que portan cuadros o cornucopias con escenas de la pasión, y se siguen realizando las *armadillas* o desfiles previos a la procesión, tras los convites, de todos los componentes de los cortejos con excepción de las imágenes. Son también peculiares los tronos antequeranos: no tienen patas y en las paradas se apoyan en las horquillas de los hermanacos. Subsisten en varios de ellos las antiguas peanas, de madera tallada y dorada, "de carrete". Los palios de las vírgenes, salvo alguna excepción, son de volúmenes rectos y carecen de velas, siendo la iluminación generalmente por candelabros o arbotantes laterales con luz eléctrica y proliferando las flores y ángeles en el lugar que suele ocupar la candelaría. Se mantiene la media luna de plata al pie de las Dolorosas. Hay un palio, el del Socorro,



Trono de la Santa Cruz en Jerusalén, de la hermandad de Arriba, a poco de salir, sobre los campos y con la Peña de los Enamorados al fondo.  
Foto: Juan Carlos Cazalla, IAPH

con dieciséis varales o barras y otro, el de la Paz, que lleva doce agrupados en las cuatro esquinas. Y se ha recuperado el palio para un trono de Cristo, el del Nazareno de la Sangre de la hermandad de los Estudiantes...

También destacan, como momentos de alta emocionalidad, los Encuentros de los tronos de las dos cofradías del jueves y de la de Arriba y la de Abajo, el viernes. En el primer caso, se trata de la cofradía del Consuelo, de la parroquia de San Pedro, con la Virgen de este nombre -que va en el trono que pasa por ser el que más responde al "modelo sevillano"- y el Cristo de la Misericordia, y de la cofradía Servita del convento de Belén, con el Cristo amarrado a la columna, el Nazareno del Consuelo y la Virgen de los Dolores. Y el viernes se *encuentran* los cuatro tronos de la hermandad de Abajo con los tres de la de Arriba, en la plaza de San Sebastián.

Son estas cuatro hermandades las que "corren vegas". *Correr la vega* es, sin duda alguna, el elemento que más identifica y singulariza a la Semana Santa de Antequera. Quienes están presentes

por primera vez pueden tener la sensación de asistir a una especie de sanfermines a lo divino: los tronos, llevados casi en volandas por los hermanacos, ayudándose de sus horquillas que golpean con fuerza el suelo, suben a la carrera empinadas cuestas para llegar al entorno de sus templos mientras una multitud los precede, también corriendo, a la vez abriendo paso y dificultando la subida. Para la carrera, el hermano mayor de insignia se despoja de sus pesados terciopelos, los hermanacos ajustan sus ropas y calzado, los músicos o piquetes militares interpretan marchas ligeras y tratan de despejar el camino. Se ponen en tensión todas las fuerzas. Durante las "vegas" se rompe el dualismo hermano mayor-hermanacos y se establece otra nueva polarización: la de cada trono, con hermanacos y hermanos mayores en gran medida fundidos, y el pueblo anónimo. Y todos corren, delante de la imagen.

Hacen *vegas* las dos cofradías del jueves, tras su encuentro: el Consuelo en la Cruz Blanca; la de los Dolores en la cuesta de Archidona, en los Cerrillos. Y también, el viernes, tras el suyo, la de Abajo por la cuesta de la Paz y la de Arriba por las cuestas de Zapateros, Viento y Herradores, hasta el Portichuelo. Como suele





Dulce Nombre de Jesús, de la hermandad de Abajo, corriendo su vega.  
Foto: Juan Carlos Cazalla, IAPH

suceder, existen varias versiones que tratan de explicar no sólo el hecho sino, sobre todo, su denominación. Una de ellas señala que las imágenes son conducidas a lugares altos de la población para desde ellos bendecir los campos -la vega- para que sigan siendo feraces. Así, el grito de "a la vega" sería una llamada a la bendición sagrada. Y correr la vega sería una especie de rito propiciatorio de fertilidad.

Sin duda, desde la Cruz Blanca se divisan (o, mejor, se divisaban) las huertas. También desde los Cerrillos. Y desde el entorno del Portichuelo -de la capilla-tribuna de la Virgen del Socorro- pueden verse los campos, desde la Peña de los Enamorados hasta casi las cercanías de El Torcal. Pero también existe la versión historicista. Según las crónicas que alimentan la leyenda, el día de la conquista, 16 de septiembre, los cristianos persiguieron a los *moros* hasta lo alto de la fortaleza llevando con ellos una imagen de la Virgen y los allí sitiados tuvieron que escapar por la vega entregando la ciudad. Así, el grito de guerra para obligarles a huir, para echarlos "a la vega", haciéndoles abandonar el castillo y escapar por los campos, se habría convertido en el

Durante las "vegas" se rompe el dualismo hermano mayor-hermanacos y se establece otra nueva polarización: la de cada trono, con hermanacos y hermanos mayores en gran medida fundidos, y el pueblo anónimo. Y todos corren, delante de la imagen





1. Encuentro entre las Vírgenes de los Dolores y del Consuelo, la noche del Jueves Santo.  
 2. Trono del Cristo de la Misericordia (hermandad del Consuelo) corriendo la vega.  
 3. La Virgen de la Paz (hermandad de Abajo) corre la vega.  
 Fotos: Juan Carlos Cazalla, IAPH

grito de ánimo a los hermanacos para que sea posible culminar la procesión y procederse al encierro, devolviendo las imágenes a sus templos.

Si una u otra versión se ajusta más a la realidad histórica, o si ambas tienen su parte de *verdad* y su parte de mito, es poco im-

portante. Porque lo que explica principalmente el que se sigan corriendo las vegas es que constituyen los momentos de clímax de los rituales semanaseranos antequeranos hasta el punto de haberse convertido en uno de los referentes identitarios de la sociedad local. Por encima de los diversos dualismos, pasados y actuales, e integrándolos.